

Ágora... zócalo

ERNESTO MARQUEZ FRAGOSO

Resumen— En la experiencia del vivir, el hombre encuentra de manera fortuita una serie de elementos físicos, sociales, corporales, naturales y cognitivos con los cuales se identifica y coexiste. Su propio espíritu, uno, vierte sobre sus deseos y voluntad un conjunto de metas, sueños e ideas, todas éstas sujetas a los sentidos y al proceso de maduración que le es propio como individuo. Al encontrar esta serie de elementos y vivir espiritualmente, el ser humano, el yo, denota y detona una personalidad; ella puede ser vista desde muy temprana edad y al igual que las ideas que le son propias, echa raíces y da frutos en el tiempo.

I. INTRODUCCIÓN

El presente texto no persigue, sin encontrar, una idea estática; sino que por su naturaleza, puede verse como una búsqueda cultural sobre distintas perspectivas temporales y espaciales. Éste es el ideario de viaje que surge del acercamiento de un individuo al desconocido mar del pensamiento humano.

Esta serie de sucesos componen personas únicas. Ninguno es trivial y todos son meritorios, en tanto que indelebles en el espíritu. En este sentido, el autoconocimiento del hombre es una necesidad y un afán natural, empresa compleja y elemento que permite formar conceptos y emitir juicios, y además, permite tener claridad de la otredad del ser mediante la afirmación del propio yo y la comprensión del vasto no-yo y sus límites.

Estas perennes pesquisas deben tener claridad en varios aspectos: es preciso contar con un punto de partida firme, el método de búsqueda y el campo del conocimiento elegido debe ser uno, cualquiera, lógicamente estructurado; y la convicción individual por dedicar todos los esfuerzos a este propósito debe ser propia y espontánea. Algunos se deciden por campos llamados “de las ciencias exactas”, otros más lo hacen por las sendas de las “humanidades”; existen muchos caminos, la meta, una es. Este proceso de búsqueda de la verdad es comparable con la individualidad de las personas, único como su personalidad e irreplicable como la forma de un grano de arena en la playa.

Cuando una persona comienza esta búsqueda, es común que se encuentre desubicado en el panorama, y también lo es el hecho de desconocer que se encuentra inmerso en este proceso. La sistematización y la conciencia de encontrarse en este estado es a veces tardía, otras tantas inexistente. Pero en la mayoría de los casos, esta idea llega en la juventud; el resto de la vida adulta es dedicada a desmenuzar e intentar entender -no en vano, aunque inalcanzable de hecho-; lo importante y satisfactorio es participar de esta experiencia.

Es pertinente resaltar algunos aspectos en los cuales se desenvuelve el ser en tanto que humano. Por humano, en este caso, denotamos el hecho de que es capaz de comprender: analiza y sintetiza para nutrir su cognición, concluye de facto y es capaz de nutrirse ya que comunica y percibe las ideas de los demás, lo cual es básico entender para poder construir. Si cada hombre partiera desde el llano principio en cualquier búsqueda objetiva, sus logros serían deleznable ya que no podría retomar modelos ni reflexiones previas hechas por otros. Estos aspectos de lo humano le son tan propios, tan naturales, que comúnmente es difícil disociarlos de él y abstraer el pensamiento para poder llegar a metas como fruto exclusivo de la razón. Hablando de éstos, nos referimos a aspectos -filtros- dados entre el objeto de conocimiento y el concepto que tenemos de él. La forma en la que nos apropiamos de los conceptos es moldeada por el medio de percepción: nuestros sentidos. Y como en otros textos filosóficos avanzados este tipo de ideas suelen expresarse y dejarse a la imaginación, en éste -como simple intento por abrir el espíritu a los otros sin ningún otro afán- se darán algunos ejemplos concretos. Desgraciadamente el hecho mismo de ejemplificar ya pone un obstáculo al conocimiento, porque el suceso general se ve particularizado y corremos el riesgo de preferir la inducción (particular) a la deducción (general).

De forma muy radical, lo que para una persona es malo, para otra es bueno, lo bueno y lo malo no radica en la esencia de las cosas, sino en juicios de valor que le atribuyamos en función de nuestra condición, estado moral, edad, género y conciencia social, por ejemplo: la costumbre de mostrar el torso femenino, para algunos, en ciertas culturas o espacios, sería común y normal; para otros una falta absoluta de pudor y respeto. En una celebración, el escrupuloso cuidado y selección de los alimentos por parte de algún comensal podría llegar a ser molesto y causa de una discusión, ya que puede asumirse que la persona no desea participar en función de sus hábitos y costumbres, siendo que esa persona, en casa, acostumbra cuidar su dieta de forma muy particular, tal es el caso de los vegetarianos.

Hechos muy distintos y que por tanto escapan de esta afirmación de bondad y maldad en razón del juicio que se emita de ellos, son aspectos que por sí solos, generan una deshumanización de quien lo comete, me refiero al daño intencional a otra persona, como por ejemplo provocar la muerte de alguien.

En resumen, la percepción individual no escapa de lo que soy y de cómo soy, la opinión que me forme de hechos o situaciones puede ser distinta a la de otra persona con respecto a la misma situación, por el solo hecho de ser diferentes personas, juzgar en función de mis preconcepciones y formarme una idea de lo que las cosas son. Lo *spicy* para un norteamericano no es lo picante para un mexicano; lo exótico

para una ugandesa y una paraguaya dista de definirse para cada cual como igual.

II. DESARROLLO

A estas alturas, quizá nos hayamos preguntado ya el porqué del título, en *ágora*, como propuesta, el develar algunos pensamientos lleva a repasar la evolución de la forma en cómo se busca la verdad. En los griegos clásicos no comienza esta búsqueda pero es un buen punto de partida, parcial e incompleto como cualquier esfuerzo, pero es algo que contribuye a dar luz. En el *ágora* ateniense, por supuesto, antes de Cristo –y ya con esta afirmación retomamos al *tiempo* como filtro para la fotografía que pretendemos tomar de este proceso-, los hombres se reunían, platicaban, comerciaban, se daban a notar con sus amistades, descansaban y socializaban de maneras muy distintas a las actuales. Ahí fue donde la idea de sociedad muestra los primeros rasgos que han sido heredados por generaciones y culturas hasta las sociedades actuales: los roles sociales, las diferencias de género, la política, la ley, el concepto de ciudadanía, las cuestiones metropolitanas, el ocio y las ideas. La evolución de las sociedades es ya un problema epistemológico debido a que subyace en la necesidad de comprender cómo se entiende, cómo se forman las ideas, cómo se llevan éstas a la práctica, cuál es el objetivo de estas ideas, hacia dónde nos dirigimos como sociedad, qué y cómo pensamos, porqué actuamos y respondemos de forma determinada a ciertas situaciones, etc.

Una de las primeras contribuciones griegas a la historia de la humanidad, historia que puede verse como la historia de su pensamiento, y que sería retomada siglos más tarde por algunos grandes personajes filosóficos es el hecho de que la reflexión en torno a las preguntas básicas del hombre debe verse a la luz de la razón, una razón limpia, transparente y sin la opalescencia que generan dogmas, los cuales tienen otro uso, pero en este caso solo contribuyen a malograr el proceso de la mente. El hombre comúnmente tiende a concluir, a ponerse en el centro de todo análisis y comparación, a asumirse desde posturas en función de los roles que desempeña, pero el buen filósofo, aquel que logra transmitir su pensamiento con claridad al otro y que con esto impulsa el cuestionamiento del otro, es quien ama el conocimiento como fin en sí mismo, aquel cuyas creencias y vida se funden en una ética propia y logra vivir con respeto a las demás creaturas en libertad.

Con el desarrollo de este nuevo concepto de sociedades, como en aquellas ciudades-estado helénicas, la distribución del trabajo y la organización basada en el derecho, el poder creador del hombre sufre una transformación: las normas, las instituciones, el comercio y la cultura se asumen básicas a toda sociedad y reestructuran la definición de hombre a partir de esta nueva realidad. En este entorno, muchos dedicaron su esfuerzo a entender, a analizar las cosas, los fenómenos y sobre todo a cuestionarse.

Los conceptos de cuerpo y espíritu fueron unas de las cuestiones básicas en estas discusiones, éstos se piensan, se definen, se reelaboran, en algunas ocasiones el cuerpo es relegado como un lastre que impide al espíritu su expansión. Pero en realidad lo que somos es nuestro pensamiento y

nuestro pensamiento no es si no se encuentra en nosotros, por tanto, somos esto que tenemos y pensamos, lo uno y lo otro es quien somos.

Cuando los procesos de nuestra mente llevan a la generación de un concepto objetivo estamos en camino de conocer, y si conocer es el camino, la verdad es el objetivo, para avanzar en este objetivo es necesario un pensamiento riguroso, un saber de tipo científico, categorizado y sistemático, el cual nos permita conocer y emitir juicios para valorar no sólo los objetos sino también las ideas, y así descubrir la verdad del ser.

Es claro que en los grupos humanos, no todo el mundo está de acuerdo en practicar la razón, y que sólo algunos dedican tiempo a cuestionarse respecto a su entorno, lo cierto es que sea cual sea el campo en el que una persona desarrolle sus capacidades, el pensar es una obligación y la razón la lámpara que guía. Todo esto está relacionado con el ser individual, el hombre; la naturaleza como entorno y la creación basada en ella es lo que le rodea y genera una atmósfera que le permite desarrollarse. Las sociedades actuales han creado grandes atmósferas en las que las vías de comunicación, los medios de comunicación, la tecnología y la ciencia que la sustenta, los espacios en los que vive y las formas con las que convive son altamente complejas. ¿Qué pensaría un ciudadano ateniense proveniente de algunos siglos antes de Cristo frente a nuestros rascacielos, cómo entendería nuestros códigos sociales un noble medieval, podría interactuar con nuestra tecnología un sabio oriental? Efectivamente aprender es vivir con mente abierta las experiencias que se nos presentan, pero la verdad sobre las cosas es inmutable y única.

Con el correr de los siglos, los distintos campos del conocimiento fueron especializándose, nuevas ciencias han surgido y campos del saber antes no concebibles están hoy en la vanguardia. Este proceso es natural, lógico y necesario. El ser que piensa, obligatoriamente debe ser capaz de cuestionarse, esto le lleva siempre a preguntarse sobre lo que no sabe, por tanto, es menester tener claridad del campo que domina y conocer, y en lógica oposición, saber cuál es la ciencia que le es ajena.

Ya Descartes nos hablaba de esta búsqueda racional de la verdad, partiendo de la negación de todo lo conocido y empezando por la reestructuración del conocimiento de la realidad, ya no en base a la realidad misma sino con un método riguroso, comparable con los axiomas matemáticos, basado en un conocimiento cierto e indudable. La filosofía debía ver a la *duda* como el punto seguro para emprender este camino [1].

Es aquí donde podría presentarse uno de los grandes obstáculos en el conocimiento, porque cuando hablamos de esta obligación del espíritu, lo llamamos científico. Científico en este punto de especialización comenzó a dividirse en campos tan distintos, que un filósofo bien pudo dedicarse a las cuestiones naturales como la física, la geometría y la astronomía o a las médicas, aunque por razones de gusto también al campo del pensamiento humano, la literatura o el arte. Todo esto es ciencia, en tanto que busque la verdad. Es así que el concepto de “humanidades” es visto por algunos

como la mala interpretación de la unidad y la universalidad del conocimiento [2].

En un abuso de estas pretensiones individualistas y como negación de la unicidad científica muchas escuelas de pensamiento han lanzado al aire sus ideas; es claro que éstas al final no acaban negando estos conceptos ya que la verdad que se busca es la misma, y sólo abonan a la afirmación del devenir, en el que el cuerpo y el espíritu, lo tangible y lo inexistente, es todo lo que es y no son aquello que no son.

Así es como el ser en sociedad, mediante el conocimiento de su historia, ha concebido su cultura. La cultura puede verse desde el punto de vista nuclear cuando hablamos del conjunto de ideas y pensamientos de una sociedad particular en el tiempo y el espacio. Es así que habría sendas comparaciones entre la cultura inca y la mongola, pero en todos los casos y como suma comparativa de cada una de estas sociedades, se gesta algo que bien puede ser llamado “La Cultura” o el “Espíritu humano”.

Todas las culturas han sido creadas por los dioses, su cosmovisión explica, de formas distintas, ese origen divino. Sus ritos y tradiciones, lengua, usos y costumbres los caracterizan y les dan un lugar en la historia. Esto conforma el concepto de *lo humano*, basto e impreciso en todas sus definiciones, pero sujeto al interés de todos quienes buscan su lugar en el mundo. En este momento de la historia, no podemos vernos más que en la unidad que conforma al ser, humanos con capacidades semejantes, pero distintos en nuestra cultura y personalidad. En este respeto a la diversidad radica la propia dignidad individual y la libertad del ser.

Debemos recordar que todo lo que es, es más de lo que existe. Este universo conforma entonces tanto al *yo individual* como al *yo colectivo* y sus relaciones. A partir de esto, la motivación del hombre por vivir está ligada con la búsqueda de la verdad, en términos pragmáticos, la felicidad podría radicar en la empatía que generen, por un lado, el proceso de búsqueda como crecimiento personal, y por el otro, el goce de saberse uno, distinto, parte de un todo, con la posibilidad de encontrar la trascendencia mediante la vida ética en libertad.

CONCLUSIONES

Es así como en un ínfimo espacio de tiempo, parte de la historia humana, existimos y somos, creamos y amamos, pensamos, soñamos y actuamos. En el vivir erramos y aprehendemos, transmitimos y logramos metas, nos apropiamos de la esencia de las cosas y vivimos comunidad. Hemos llegado al *zócalo*, al ahora, al sitio en donde –en comparación con atenienses- también nosotros, pero en el hoy, conocemos la cultura que nos rodea -nuestra cultura-, participamos de las normas de la sociedad actual y ayudamos a construir un destino común; el presente no es más que un punto en la línea de nuestras vidas, sin una duración cuantificable en términos puntuales o de segundos o minutos cuando hablamos de un continuo. Sea cual sea su duración, el presente es el encargado de escribir con tinta indeleble nuestros esfuerzos diarios por participar de la búsqueda de la verdad. Éste se nutre del pasado en función de que somos seres en construcción, pero no depende de él. El presente no

es futuro ni pasado, y por tanto no está determinado, las decisiones que tomemos dentro del presente en libertad, modelarán parte de nuestro futuro y harán de nosotros humanos. Aquí, cada uno desde su particular sitio, puede, preservando su individualidad y respetando las ajenas, convertirse en un ciudadano universal, en plena conciencia de las bondades y errores del hombre, con un talante firme y decidido, con cariz gentil y manifiesto, con alta probidad y capacidad de diálogo... ser, en sociedad.

REFERENCIAS

- [1] Descartes, R. (2008). *El Discurso del Método*. Valladolid: MAXTOR.
- [2] Nicol, E. (1941). *Psicología de las situaciones vitales*. México: Fondo de Cultura Económica.